

Le paysage, pays** et visage***: Un punto de vista ecologista*****

Alain Lipietz*****

TRADUCIDO POR ANDRES BARSKY Y FEDERICO FRITZSCHE

En la palabra *paysage* [paisaje] encontramos *pays* [comarca], encontramos casi la palabra *payzan* [paisano, hombre de campo, el que vive en el *pays*], encontramos casi la palabra *visage* [apariencia]. Un territorio, de acuerdo a nuestra concepción, es expresión de trabajo social ("paisaje: extensión de una comarca que es vista desde un solo aspecto" dice Littré); estos tres términos definen al paisaje como caso particular de ambiente humano y, por consiguiente, se apela al punto de vista ecologista.

Comprender el amor y el respeto del paisaje es, en efecto, comprender lo que es la ecología política como política de la ecología humana. La ecología política no es "la naturaleza", tampoco

"el ambiente". La ecología es el informe de una especie, de su actividad, de las condiciones externas de esta actividad modificadas por la actividad misma y sólo el tercer término [visage, apariencia] es el que llamamos ambiente. Reducir la ecología (humana) que es el objeto olvidar a la especie (humana) que es el objeto mismo de la ecología, y olvidar su actividad por la cual la misma se hace especie al apoyarse, por su propio peso (a veces muy lentamente), sobre su ambiente. Antes de denominarse "ecología" (término inventado por Haeckel al final del siglo XIX), la ecología era llamada, entre los Cuvier y los Buffon, "fisiología externa" de las especies. Hablar de ecología política, no es solamente hablar de ecología humana como tal, en el triple sentido de la palabra, sino tener un punto de vista de ciudadano sobre la relación: humanidad-actividad-ambiente. Un punto de vista sobre este territorio habitado, organizado por los hombres: un paisaje.

Pensemos en los castores. ¿Imaginaremos una ecología de los castores que no se preocupen más que del efecto de sus diques río arriba (en los bosques devastados) o río abajo (en los ríos desecados)? No, la ecología de los castores no es sólo el impacto de los castores sobre el bosque y los ríos, a ella le concierne la construcción misma de su dique, sus medios, sus fines, la vida sexual y alimentaria de los castores en sus diques, etc....

Así surge la ecología política, con dos diferen-

* *Paysage*.

** Denominamos comarca a lo que el autor llama *pays*. Denominamos "apariencia", a lo que el autor llama *visage*, que en la traducción literal se entiende como "rostro", "faz", "aspecto".

*** Este artículo ha sido publicado en *Moniteur hídrique*, Nº 192, marzo-abril de 1994, y fue enviado por su autor a *géographie*. Su traducción fue realizada por Andrés Barsky y Federico Fritzsche. Los agregados entre corchetes para facilitar la lectura son nuestros.

**** Economista del CEPREMAP (Centre d'Etudes Prospectives d'Economie Mathématique Appliquées à la Planification), París. Fue miembro fundador de la llamada escuela francesa de la Regulación del Capitalismo. Su producción teórica abarca desde los fenómenos de crisis e inflación en las economías centrales durante la década del setenta hasta la relación entre espacio y capital, el fordismo periférico, la ecología y la reestructuración de las economías del Este y de la ex URSS. Fue diputado electo por el Partido Verde en las elecciones regionales francesas de 1992. Actualmente es Vocero de los Verdes en la *Commission Economique* ante el Parlamento Europeo. Su última publicación tiene mucho que ver con la geografía: "*Les régions qui gagnent. Districts et réseaux: les nouveaux paradigmes de la géographie économique*" (1992), compilación que realizó junto con Georges Benko

cias fundamentales. La primera, diremos parafrazeando a Marx (él hablaba de las abejas), es que "lo que distingue en principio al peor arquitecto del castor más experto, es que él ha construido el dique dentro de su cabeza antes de construirlo realmente". Entre su necesidad (fisiológica) y su actividad, el ser humano interpone la mediación del proyecto. Pero esto no es todo. Esta expresión de sí mismo y por sí mismo que es el producto de su actividad, tiene la capacidad de volverse contra ella, de contemplarla a la distancia, como una cosa extraña y enfrentada a él, como un ambiente ya dado, quizás desde siempre, pero en todo caso ahora: un paisaje. Tiene la capacidad de juzgar estéticamente esta obra, o esta no-obra, que es su ambiente, y plantearse la cuestión ética del derecho a modificarla. El puede juzgar su propio obrar, como canta el coro de "La Antígona" de Sófocles:

"Hay muchas maravillas en este mundo
No hay ninguna más grande que el Hombre (...)
Es el ser que atormenta a la Diosa Tierra
La tierra eternal e infatigable, con sus arados que
cada año la surcan sin cesar:
Palabras, pensamientos vivos como el viento,
aspiraciones de donde nacen las ciudades,
Todo eso se le enseña a él mismo
(Pero) él puede tomar luego tanto la ruta del Mal
como la del Bien."

Es la intersección exacta de este proyecto que se materializa en territorio para responder a una necesidad (tierra surcada por arados, ciudades nacidas de aspiraciones), y es entonces de esta elección ética entre el Bien y el Mal, entre lo Bello y lo Feo, que el ambiente se hace paisaje.

Paysage: En principio "extensión de pays [comarca]"; "Pays: habitante de un pays [pago, comarca]"; "Pays: habitante de un cantón, y por extensión el clásico francés], en una vertiginosa etimología autorreferencial donde el territorio se define por extensión del nombre de aquel que lo habita, el cual se define por habitarlo: la "fisiología externa". Más lejos aún, *pays* viene de *pango*: a la vez *planter* [plantar] (una rama), *fixer* [fijar] (un límite), *établir* [establecer] (un pacto). Por consiguiente, un *pays* [comarca] es una geografía delimitada por una historia, a la vez productiva y jurídica, una economía como la *región* es un territorio definido por una historia política, un

se arraigan, se naturalizan en su propia sucesión. Cultura, segunda naturaleza, al punto de volverse naturaleza, segunda cultura, cultura anterior, tan extraña al encadenamiento de nuestras razones como un encadenamiento de montañas: baldíos industriales, cultos antiguos, fachadas pasadas de moda. ¿Era necesario conservar esos vestigios romanos que encumbraron nuestros pueblos, cuando podíamos alabar a Dios por sus milagros de sabiduría en las iglesias góticas? Lo mismo preferir una maleza a un jardín, y nadie piensa en la París del siglo XII... ¿Hace falta parar el metro de Roma [su construcción] cuando cae justo sobre una antigua cripta cerrada a las miradas? Parece que sí...

Separada, reificada una tercera vez porque la actividad social que modela el ambiente desploma para siempre estas actividades parciales, puntuales, que concurren a ese proceso colectivo todavía inacabado. Contrariamente a la colmena de la abeja, al dique del castor, a la fachada del arquitecto, el paisaje no es jamás el producto de una actividad particular, sino un efecto de la composición de actos no coordinados a priori.

El paisaje, enfrente de la actividad y bajo la mirada humana, es entonces la *alteridad*. Desde luego, el paisaje es paisaje mismo cuando no es "comarca", de la misma manera que cuando no es ese paisaje urbano o rural, rastros de generaciones anteriores, igualmente cuando no es vida vegetal o animal, ni cuando es mineral. Le hace falta, necesita darse a la mirada humana (a falta de la que no es más que morfología, como la Luna antes que Armstrong apoyara su pie en ella). El paisaje puede ser totalmente mineral, por lo tanto la mirada humana lo humaniza, lo bautiza, lo "antropocentra". No es el paisaje más espléndido y más emblemático de los Estados Unidos el de esas mesas de piedra surgidas del desierto que se llama *Monument Valley*. Es paisaje humano por los cowboys de las películas de John Ford que allí acamparon, por los convoyes de pioneros que lo atravesaron, y que frecuentaron, en los ojos de los turistas, sus espacios desérticos. Las más célebres figuras de la ecología popular actual, Cousteau y Tazieff, nos muestran un universo sin hombre, los fondos marinos y las chimeneas volcánicas, pero los amamos porque ellos han puesto ese esplendor bajo nuestra mirada. Los volcanes, esos fenómenos físico-químicos, telúricos, inhumanos, son por exce-

lencia paisaje porque nos muestran la naturaleza más desprovista de vida y de humanidad que se puede oponer, dentro de su mineralidad viviente, a la competencia directa del poderío demingúrgico de la humanidad: el volcán, real competidor del hombre en la superficie de la tierra.

Porque esa alteridad bajo nuestra mirada, nuestra *visé* [visión], el paisaje es *visage* [apariencia], y por consiguiente cargado de la potestad ética de la apariencia, soberbiamente analizada por Emmanuel Lévinas. "La apariencia está expuesta, amenazada, como invitándonos a un acto de violencia. Al mismo tiempo, la apariencia es lo que nos impide matar". Es tanto enfrente de la apariencia, como del paisaje, que la humanidad, en su capacidad de marcar el mundo, por necesidad o por juego, encuentra el problema ético, individual, social o ecológico, el problema del bien y del mal: acarticiar o destruir. "La apariencia es la que no se puede matar, o por lo menos cuyo sentido consiste en decir: no matarás. El asesinato es verdadero, es un hecho banal: se puede matar al prójimo; la exigencia ética no es una necesidad ontológica".

Pero no nos engañemos. Hay muchas maneras de asesinar, humillar, desfigurar una apariencia, un paisaje. No solamente la herida de fusta que parte, la autopista que destroza. También en dicha mirada, en dicha posible *pornografía* (representación prostituida). Reducir el paisaje a un objeto ofrecido, atado, fijado para el deleite de los ojos. De los ojos que se apartan, molestos, cuando perciben un pobre campamento navajo en el Monument Valley.

Entre la masacre y la pornografía, ¿qué será de la política ecológica del paisaje? Ella rechazará sin duda la estéril oposición dieciochesca al estilo Luc Ferry: o la domesticación racionalista "a la francesa", o la puesta en escena romántica del salvajismo. Como la cartica después de la mirada, y a veces como el beso apasionado, el paisaje vuelve a ser comarca donde se ve, en la fecundación recíproca del pasado y del presente, de la naturaleza y de la cultura. Con el tiempo, el paisaje no quedará inmóvil como la amada aparticiada. Al aprender a vivir con él, al hacerlo vivir, negociando sus transformaciones, respetando su diversidad cuando una transformación irreversible de una de sus partes se torna necesaria. Mirándolo con los ojos de aquel que ve por última vez.